

Julio Llamazares

Por FROILÁN ISLA

COMO EN OCASIONES ANTERIORES, aprovecho la oportunidad que me brinda *La Veiga* para traer a sus páginas la obra de alguno de nuestros más destacados escritores. No se trata de escribir un sesudo artículo de crítica literaria, sino, por el contrario, de presentar de modo sencillo las características más definitorias de las obras y la circunstancia vital del autor que deja su huella en ellas.

Si en el número anterior nos fijábamos en Juan Pedro Aparicio, le toca el turno ahora a otro de nuestros mejores novelistas: Julio Llamazares.

«Julio Llamazares nació en el desaparecido pueblo de Vegamián (León) en 1955. Licenciado en Derecho, abandonó muy pronto el ejercicio de la abogacía para dedicarse al periodismo escrito, radiofónico y televisivo en Madrid, ciudad donde reside». Así de escueta y fría es la noticia sobre su vida que aparece en las ediciones de sus libros. Muy pocos datos para comprender la profundidad de análisis, la reflexión y la fuerza que late en sus obras.

Sin embargo, hay circunstancias de su vida cuyo conocimiento es —yo creo— necesario para adentrarse con provecho en sus páginas. Si la infancia es la auténtica patria de cada persona, de la de Llamazares puede decirse además que es su querencia constante, su punto de referencia y, probablemente, su origen como escritor. Su condición de «el hijo del maestro» le propició la facultad de estar simultáneamente dentro y fuera de la «vida social» del pueblo, de ser protagonista y espectador de la vida del pueblo de Olleros —que era/no era el suyo—; atalaya con magnífica perspectiva para desarrollar la capacidad de observación y análisis, herramientas imprescindibles del escritor. Su infancia en el mundo rural trasciende a sus páginas y, aunque es un escritor urbano —por más que algunos críticos se empeñen en encasillarlo con la etiqueta de rural—, dirige su mirada en muchas ocasiones al pueblo. La montaña no es únicamente un elemento del paisaje presente en su infancia, forma parte esencial de él: «cuando me preguntan si soy leonés, digo que soy de La Montaña». La montaña y la nieve no son un objeto exterior, forman parte forman parte de él; son su propia geografía interior.

Por tanto, no es de extrañar que su primera incursión en el mundo de la literatura, se centre en estas referencias que venimos comentando. En 1978 escribe *La lentitud de los bueyes* (1979) y en 1981 *Memoria de la nieve* (1982), sus dos libros de poesía. El primero lo escribe frente al mar en Gijón, cuando estudiaba en Oviedo, el segundo ya en Madrid. Pero ni un lugar ni otro son el centro de atención; su reflexión y él mismo se encuentran en su pasado.

No ha publicado más libros de poesía. Su creación se centra después en la novela. Pero el prefiere no hablar de géneros sino del escritor «que no es un oficio, sino un modo

de vivir y pienso que en mis novelas hay mucha poesía y seguramente, en mi poesía, había bastante narración».

Su siguiente libro fue *El entierro de Genarín* (1981). Se trata de una obra de difícil clasificación, emparentada por su estilo con la novela picaresca y el esperpento, que cuenta las aventuras y desventuras de un pellejero borrachín y putero, Genarín, que murió atropellado por el primer camión de la basura que hubo en León, el día de Jueves Santo de 1929, cuando desbebía al pie de los cubos de la muralla el orujo trasegado. Sus páginas están llenas de ironía y de ingenio.

En 1985 publica *Luna de lobos*. En esta novela centra su interés en «los grandes olvidados de la posguerra»: los maquis. Su punto de partida, su inspiración, es su propia memoria, el recuerdo de las historias de «los del monte» que oía contar de niño en su pueblo. En esta obra, superando la anécdota y circunstancia vital de los personajes, la preocupación del autor se dirige al análisis del «instinto de supervivencia y del acorralamiento del hombre por el hombre» y a la recuperación de la magia de la narración oral.

El éxito de su obra *La lluvia amarilla* (1988) dejó pequeño el de su anterior novela. Un éxito que ni el propio autor se explica, considerando las características peculiares del texto. Se trata de un largo monólogo del último habitante de un pueblo abandonado que agoniza en su cama. A través del narrador, que evoca la vida desaparecida del pueblo y su percepción discontinua y borrosa de la realidad, Llamazares nos hace reflexionar sobre la desaparición del modo de vida rural y sobre la omnipresente soledad.



Julio Llamazares.(Foto: P. Martín)

El río de olvido (1990) manifiesta una de las grandes aficiones de J. Llamazares; el viaje: «Me gusta mucho la literatura de viajes, leerla y escribirla». Los escritores suelen ser grandes viajeros. El viaje literario es, esencialmente, a pie y así recorre nuestro autor el curso del río Curueño; un río que no es uno cualquiera, sino un río de su Montaña, de su infancia: «Quería viajar, pero al sitio más difícil, el que más cerca tenemos de nosotros, en el que más hemos vivido y más podemos querer». Decía Azorín que lo que vemos en el paisaje no es sino el reflejo de nuestro espíritu; el viajero de *El río del olvido*, a través del paisaje, de las gentes, las costumbres, las anécdotas, de la vida de un valle, percibe mucho más; percibe el reflejo de su propia vida pasada, sus recuerdos, que intenta rescatar del olvido a través de la literatura.

En 1991 aparece su libro *En Babia*, obra que reúne su producción periodística de ocho años: artículos de opinión, reportajes y relatos de viajes. Se trata de un conjunto de textos sobre temas variados que ofrece, en sus propias palabras, «una visión global de mi particular manera de entender el mundo». Aunque son escritos periodísticos, su lirismo unas veces y su estructura y profundidad narrativa otras, los sitúan en el límite con la literatura, zona fronteriza en la que le gusta situarse.

Su último libro publicado, *Escenas de cine mudo* (1994), es también una novela —y no una autobiografía, como bien pudiera deducirse de su estructura y contenido, y así lo aclara su autor en la introducción—. Su estructura se articula en 28 capítulos que evocan los recuerdos de su infancia en Olleros, apoyándose en cada secuencia en una foto de aquellos años como puente para que su memoria salve el abismo del tiempo. Partiendo de «fotografías, que son las carteleras de la película de nuestra vida, invento,

imagino, recuerdo la película de mi vida, que se va borrando con el tiempo». Construye, pues, con los recuerdos de su vida, una novela, porque «la mejor novela de cada persona es su propia memoria». Los dos grandes temas del paso del tiempo y la relación memoria/olvido, también presentes en su obra narrativa anterior, son aquí las bases sobre las que se construye todo el edificio narrativo y se fundamenta la reflexión del autor; porque Llamazares escribe «para pensar y para hacer pensar, para hacer sentir y para sentir». Y quienes compartimos con Julio los mismos años de infancia sentimos al leer su novela que estamos reconstruyendo nuestros propios recuerdos, nuestra novela.

Comentábamos más arriba cómo suele alternar la literatura con su dedicación al periodismo, sobre todo, y en los últimos años casi exclusivamente, a la prensa escrita. Pero hay que destacar también su trabajo en el mundo del cine como guionista; siempre con directores leoneses. Su primer guión fue para uno de los cuentos que integran la película de Chema Sarmiento: *El Filandón*, en la que también intervino como actor. Compuso el guión también de su novela *Luna de lobos* para la película que dirigió Sánchez Valdés. Para este mismo director redactó el guión de la película *La fuente de la edad*, adaptando la novela del mismo título de Luis Mateo Díez. Su último trabajo es de este año, en el que escribió el guión de la película *El techo del mundo*, dirigida por Felipe Vega, basada parcialmente en su novela *El río del olvido*.

Hasta aquí esta pequeña «guía» sobre Julio Llamazares. Espero que sea de utilidad para los lectores que aún no conocen sus obras. La lectura cierra el acto de comunicación que es la literatura y sólo ella da el sentido pleno de una obra. En sus libros encontraréis a Julio Llamazares.

Historias de los aluches

Por FULGENCIO FERNÁNDEZ
PERIODISTA

YA ME ADVIRTIÓ Enrique que hablaros de lucha leonesa en Santibáñez de la Isla podría resultar complicado, como dicen en mi pueblo «es como amar a Dios en tierra de indios», pues se trata de un deporte desconocido en vuestra comarca. A pesar de ello, me atrevo a escribiros una líneas por muchas razones, porque me cae bien la gente que, como vosotros, hace cosas —revistas, semanas culturales, etc.— y, sobre todo, porque estoy convencido de que cualquier cosa —un deporte en este caso— que está metida en las raíces, en la tradición y en la cultura de una buena parte de nuestra provincia no le puede ser ajena al resto de la misma.

Además, no voy a haceros un sesudo tratado sobre los aluches, tampoco sabría, sino a intentar acercaros una filosofía de ocio, unos comportamientos humanos de paisanos vuestros que deciden probar sus fuerzas, mañas y habilidades agarrándose al cinto. A buen seguro que si os interesa conocer aventuras como las de Jandrón, el de Acebedo, que era capaz de beber un garrafón de vino mientras luchaba y que murió reventado sujetando una viga del tejado de la iglesia; o las de Tino «El Cojo» de Paradilla, mutilado en la guerra y que, a pesar de ello, siguió ganando campeonatos con la «pata tiesa», que tenía el cuello tan ancho que nunca pudo abrochar el último botón de su camisa.

Son, a fin de cuentas, avatares de personajes tan atractivos como los que ocurren en vuestra tierra con otros hombres, fuertes unos, simpáticos otros, singulares todos, y que han ido escribiendo la historia de un siglo que ha estado marcado por las penas de una guerra y las

estrecheces que después acarrió. Os tienen que interesar; sé que os interesan.

Con los antecedentes de los aluches no me voy a meter; no quiero aburrirlos con viejas estampas de enciclopedias, descripciones de libros o dibujos de yo que sé qué legajos que os llevarían a la antigua Grecia, a Egipto, Roma o exóticas tribus de Camerún o Sudán. Vamos a lo actual, a lo conocido.

Comenzaron los aluches siendo enfrentamientos entre deportistas de un solo pueblo o de los de un pueblo (generalmente el que celebraba la fiesta que congregaba a todos los asistentes) contra todos los demás. Se anunciaba de viva voz el desafío: «Jandrón, el de Acebedo, a todos»; «los luchadores de Maraña, a todos»; o «los luchadores del valle de Dueñas, a los del valle e Arianes»; por ejemplo. Iban saliendo a luchar, el perdedor, *a casa* y el vencedor seguía en el corro hasta que se acababan los contendientes. Al final de cada combate, el vencedor gritaba: «¿Hay quien luche?». Y el rival que quisiera hacerlo remangaba su pantalón y salía a la pradera. Cuando ya nadie respondía al «¿hay quien luche o me calzo?», había un campeón; era el hombre que quedaba en el centro del corro. Así se escribieron las míticas gestas de hombres de los que se dice que tiraron a más de 20 rivales. Se cuenta que Angelón, el de Cistierna, llegó a tirar a 29 rivales en la fiesta de Nuestra Señora de Quintanilla en Riaño. Pero no menos famosas eran las hazañas de Quintín el de Acebedo o del Sastrín de Rucayo, que también tumbó a 29 enemigos en Valdecastillo, y tantos otros, como los famosos molineros de Carbajosa.

Son... avatares de personajes tan atractivos como los que ocurren en vuestra tierra con otros hombres,...

Los premios ya podéis imaginarlos: un gallo, un mazapán, un cerdo y hasta un traje. Para recibirlos había hombres que recorrían, primero andando, algunas veces en bicicleta y, si se podía, en tren, media provincia; como vosotros para ir al baile o cosas similares.

Así lo recuerda Felipe León, un tratante de ganados que subía los jatos al camión en brazos y que para muchos es el mejor luchador de la historia, quien fue desde su pueblo —Villaquilambre— hasta Acebedo —más allá de Riaño—, pues se enteró que había un traje de premio; era 1958. «Fui en el tren Hullero hasta Boñar, en coche después hasta la ermita de las Nieves en



Cadriada de «El Elegante» a «Getinín» (Foto: M. Marcos)

Puebla de Lillo e hice noche en Redipollos. Al día siguiente, crucé a pie la collada que me lleva a Maraña y, desde allí, me trasladó en coche un indiano hasta Acebedo. Gané un corte de traje Tamburine donado por una sastrería de Cistierna.

Primero no había pesos; luchaba un hombre de 70 kg. contra otro de 100 y no siempre ganaba el más pesado. La maña también cuenta. Después se pusieron categorías para que cada cual fuera luchando contra los de su peso. Otras normas posteriores introdujeron el sorteo, de tal forma que desaparecía el luchador que iba tirando a uno tras otro, por otro sistema más racional, por eliminatorias. Pero, en el fondo, la esencia sigue siendo la misma; la leyenda continúa.

Ahora hay otros hombres con otras historias detrás. Dos de los mejores luchadores de la actualidad, Ernesto Díez Santos, al que llaman «El Viejo Profesor» de Argoejo (esto de los apodos es muy normal en la lucha) y Anastasio Prieto Prieto, «El Gato» de Taranilla, son dos de los mozos que cierran todas las fiestas, están en ellas hasta el amanecer y, sin embargo, no es nada extraño que al día siguiente ganen el corro de cualquier fiesta.

Es sólo un esbozo para acercaros un deporte, unos apuntes para que os deis cuenta de que se trata de gentes con historias muy próximas a las vuestras, de un deporte que tiene muchos problemas, pero que no creo que sea lo que más os interese. Cuando ya vayáis cogiendo el «gusanillo», os hablaré de las mañas, los reglamentos, la rivalidad Montaña contra Ribera y otras zarandajas. De momento baste con contaros que en León hay un deporte que no es nada raro, ni lejano, que es tan vuestro como de toda la provincia, en definitiva, leonés. ¿De dónde sois vosotros? Pues eso.

